

La obra de John Dewey contada por Henri Delacroix. Notas para una revisión de la recepción del pragmatismo en Francia*

*Noemí Pizarroso***

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Edgar Cabanas

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Presentamos aquí una traducción al castellano del discurso pronunciado por Henri Delacroix sobre la obra de John Dewey, cuando fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad de París. Se trata de un texto «menor», escrito para la ocasión, como decano de la Facultad de Letras, que sin embargo contribuye a arrojar algo de luz sobre la imagen que se tiene de la recepción de Dewey, y del pragmatismo general, en Europa y, más concretamente, en Francia. De paso, también, nos permite ampliar la imagen que se tiene de la propia psicología francesa.

Palabras clave: Dewey, Delacroix, pragmatismo, intercambio franco-americano.

Abstract

The current paper introduces the discourse on John Dewey's work pronounced by Henri Delacroix when he was named Doctor Honoris Causa. We offer the Spanish translation of this discourse, read in 1930, at the University of Paris. Despite its «minor» character, Delacroix' words contribute to shed light over both Dewey's and Pragmatism's reception in Europe and, particularly, in France. Besides this, it contributes to widen the common conceptions about French psychology.

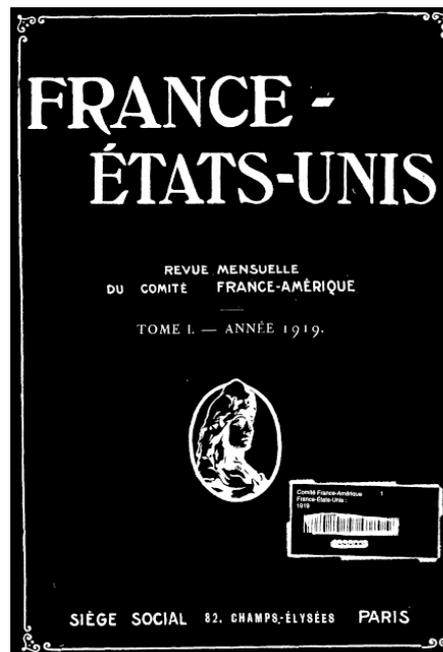
Keywords: Dewey, Delacroix, pragmatism, French-American exchange.

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto «La psicología de la ciudadanía: fundamentos histórico-genealógicos de la construcción psicológica del autogobierno y la convivencia en el estado español», financiado por el Ministerio de Ciencia e Investigación, referencia PSI2011-28241.

** Correspondencia: Dpto. de Psicología Básica I, Facultad de Psicología, UNED. C/ Juan del Rosal, nº 10, 28040, Ciudad Universitaria, Madrid.

INTRODUCCIÓN

En 1930, John Dewey recibió el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de París. Durante la ceremonia, Henri Delacroix, catedrático de psicología y decano de la facultad de letras de la Universidad de París, se encargó de pronunciar un discurso sobre su obra. Presentamos aquí una traducción al castellano de este discurso, que hasta donde nosotros sabemos ha pasado desapercibido en los diversos estudios sobre la recepción de Dewey, y del pragmatismo en general, en Francia.¹ Las palabras con las que Delacroix presenta a su colega permiten entender no sólo que la obra de este pensador americano tuvo un reconocimiento más allá de la faceta meramente educativa, a la que se suele restringir su influencia, sino que había una clara sintonía entre su pragmatismo y todo un sector del pensamiento francés de la época, como se refleja en las palabras de Delacroix pero también en la discusión que siguió a la conferencia que el propio Dewey dio, sobre la acción moral, en ese momento en la Sociedad Francesa de Filosofía.²



1. Sobre la recepción de Dewey en Francia: Jan-H. Schneider (2000). Sobre la recepción del pragmatismo en Francia, ver la bibliografía de John Shook, que abarca de 1898 a 1940, online: <http://www.pragmatism.org/research/prag_in_france.htm>, así como Shook (2009), centrado en el período 1898-1914.
2. «Tres factores independientes en materia de moral» es el título de la presentación de Dewey, a la sigue una discusión en la que participan: X. Léon, L. Robin, C. Bouglé, M. Mauss, E. Leroux, and J. Wahl. El conjunto de la sesión se publicó en el *Bulletin de la Société française de Philosophie*, 30(4), 118-133. (recogida en los *Later Works* de Dewey, Vol 5.)

Tanto el homenaje que rinde la Sorbona al filósofo americano, como la admiración que traslucen las intervenciones de personajes como Marcel Mauss o Celestin Bouglé en la Sociedad Francesa de Filosofía, no constituyen en modo alguno un acontecimiento aislado. En realidad, se trata de un hito más en un largo intercambio franco-americano, entre cuyos protagonistas destacaron inicialmente de forma muy especial William James y James Mark Baldwin –intercambio que se vio sin duda intensificado con la participación aliada de EEUU en la Primera Guerra Mundial.

CONTEXTO DE LAS RELACIONES FRANCO-AMERICANAS

La relación entre la filosofía y psicología francesas y americanas tiene una larga historia, como pone de manifiesto la conocida francofilia de James. Desde sus viajes de juventud al continente y sus primeros contactos con la investigación en hipnosis hasta su nombramiento como miembros extranjero de *l'Académie des Sciences Morales et Politiques*, de la mano de sus colegas y admiradores Emile Boutroux y Henri Bergson, su trabajo encontró una especial acogida en el panorama espiritualista francés. Este vínculo encontraría una continuidad inmediata en la figura de James Mark Baldwin, quien tras su expulsión de la Universidad John Hopkins haría de París su nuevo hogar –cuyo vínculo con Francia, y con otros países europeos, existía ya mucho antes del escándalo de Baltimore. Tras el fallecimiento de James, Baldwin, que compartía buena parte de su círculo de amistades (Alfred Binet, Théodule Ribot, Édouard Claparède, Henri Bergson, Pierre Janet o Théodore Flournoy), había pasado a ocupar su puesto en la Académie de Sciences Morales et Politiques. Pero desde su instalación en Europa y, sobre todo, con el inicio de la contienda, desempeñó un papel especialmente importante en el fortalecimiento de las relaciones políticas entre ambos países a través de una serie de escritos, en los que pedía abiertamente la implicación de EEUU en la guerra.

Baldwin participó activamente en el *Comité France Amérique*, fundado en 1909 por Gabriel Hanotaux, antiguo Ministro de Exteriores. Según la descripción que hace el propio Baldwin en su autobiografía, el comité, que suponía un importante marco institucional para el desarrollo de las relaciones entre los dos países, «organizaba conferencias, publicaba una revista y se involucraba en una gran cantidad de actividades de este tipo en París. Me pidieron ser uno de los diez conferenciantes, cinco franceses y cinco americanos, para presentar ante una audiencia francesa las vicisitudes de las culturas francesa y la americana» (Baldwin, 1926, p. 168, traducción nuestra). «L'idéal américain et l'idéal français», sería el título de una de sus conferencias, en 1913.

Con el inicio de la Guerra, se desató un movimiento muy fuerte por parte del conjunto de los intelectuales contra el expansionismo de Alemania y lo que se

veía como una amenaza a la continuidad de las instituciones democráticas (Prochaisson, 1993). Hasta las figuras más discretas, como Henri Bergson, que en su día no se pronunció ante el caso Dreyfus, pasó a formar parte de un *Comité de estudios y documentos sobre la guerra*³ y habló en la *Académie des Sciences Morales et Politiques* contra «la brutalidad y el cinismo de Alemania».⁴ Baldwin se sumó sin reservas a la causa aliada (Loredó, 2012). A juzgar por su correspondencia con Emile Boutroux, Pierre Janet o Charles Richet, publicada por el mismo Baldwin en su autobiografía, su implicación debió ser del más alto nivel. Por ejemplo, Emile Boutroux, autor de la primera monografía sobre William James en Francia y miembro fundador de la *Ecole des Hautes Etudes Sociales*, en la que Baldwin parece haber dado clases durante un tiempo, le hacía llegar solicitudes de conferencias por parte del gobierno.⁵

En este contexto, durante la Primera Guerra Mundial, se creó también la asociación «Rapprochement Universitaire», cuyo objetivo consistía en establecer una relación entre los países aliados en el plano educativo. El secretario de dicha asociación no era otro que Henri Delacroix, como vemos en el acta que firma sobre la recepción de los profesores y estudiantes americanos en París (la mayoría de ellos jóvenes militares), una vez acabada la guerra, en la revista del *Comité France Amérique*.⁶ Delacroix recoge las palabras de Bergson, uno de los protagonistas del encuentro, sobre la comunidad ideal moral que une a los dos países y que hará la fraternidad entre las universidades francesas y americanas.

Este clima de confraternización entre pensadores de uno y otro lado del océano es el que está detrás de una serie de acontecimientos académicos, inmediatamente después de la guerra. Juega aquí un papel fundamental la figura de Xavier Léon, director de la *Revue de Métaphysique de Morale et de Politique* y auténtico dinamizador

3. El director del comité era Henri Lavis, conocido historiador, defensor de los valores de la República, y el secretario Emile Durkheim, que perdió a su hijo en la guerra. Junto a ellos, se encontraban toda una serie de celebridades de la Sorbona y el Collège de France, como Henri Bergson, Emile Boutroux o Charles Seignobos.
4. «Vouée à l'étude des questions psychologiques, morales et sociales, notre compagnie accomplit un simple devoir scientifique en signalant, dans la brutalité et le cynisme de l'Allemagne, dans son mépris de toute justice et de tout vérité, une régression à l'état sauvage.» Bergson, Président de l'Académie des Sciences Morales et Politiques, Discours à la séance publique annuelle du samedi 12 décembre 1914.
5. «The Ministry of Foreign Affairs is organizing a series of lectures at Lyon on the occasion of the Book-Exposition. I have been delegated to ask if you could give a lecture there, toward the end of this month, on the intellectual relations between the United States and France.» (Emile Boutroux, 6 de abril de 1916, en Baldwin, 1926, p.304).
6. «La réception américaine du 2 mars au rapprochement universitaire». 1919, tomo 1, p. 176.

LA RÉCEPTION AMÉRICAINE DU 2 MARS AU RAPPROCHEMENT UNIVERSITAIRE.

The Association known as the Rapprochement Universitaire, founded in 1917, has for aim to establish regular and continuous relations between the members of the three classes of education in France (primary education, lycées and colleges, universities) on the one hand, and, on the other, between the representatives of French and foreign education. It suggests forming a veritable entente of interallied university-men through the agency of receptions and meetings of foreign professors where questions in connection with education could be debated while everything of interest to professors and students could be communicated to them. For the time being this association consists of 400 members, mostly belonging to the Universities.

M. Henri Delacroix, its secretary, who has been good enough to give us this account of the reception held to American students, is professor of psychology at the University of Paris. He is the author of two remarkable works: one on Mysticism in Germany during the 14th century, the other on the Great Christian Mystics and is about to publish a study on the Psychology of Stendhal.

de la escena intelectual parisina. Así, apenas terminada la guerra, será a instancia suya que se organizará, en diciembre de 1921, el Congreso de Filosofía de París. Se trató fundamentalmente de una reunión celebradora del fin de la contienda y los lazos de amistad de los países aliados, según podemos leer en la reseña del *Philosophical Review*.⁷ La reseña la firmaba W. G. Everett, miembro de la delegación americana invitada al evento, como lo fue también o R. B. Perry o el propio Baldwin, que sin embargo no pudo finalmente asistir. Del lado francés, además del propio Léon, que se encargó de recibir y despedir personalmente a los invitados, destacaban entre otros las figuras de Léon Brunshcwig, Celestin Bouglé, Henri Bergson o Pierre Janet.

Dos años después, en 1923, Xavier Léon volvía a homenajear al pensamiento americano con un número especial de la *Revue de Métaphysique de Morale*, que incluía artículos de J. R. Angell, sobre la psicología funcionalista, de J. Dewey, sobre las diferencias entre el pragmatismo de Peirce y el de James, de R. B. Perry, sobre la conciencia americana, y de Baldwin, sobre la intuición, entre otros.⁸

Este clima de compañerismo académico permitirá en cierto modo fortalecer el intercambio intelectual, con influencias recíprocas entre las ideas y enfoques en desarrollo de uno y otro lado, que existía ya antes de la guerra.

7. Everett, W. G. (1922). Notes on the Paris Congress of Philosophy. *Philosophical Review*, 31(3), 321-323.
8. Los artículos que contiene el monográfico son los siguientes: J.-R. Angell, «La Psychologie aux États-Unis», 381-392; J.-M. Baldwin, «L'aboutissement de la médiation logique: l'intuition», 393-410; J. Dewey, «Le développement du pragmatisme américain», 411-430; W.-E. Hocking, «Les principes et la méthode en philosophie religieuse», 431-453; C.-I. Lewis, «La logique et la méthode mathématique», 455-474; R.-B. Perry, «La conscience américaine», 475-505; St.-P. Sherman, «Mouvement contemporain et tradition littéraire aux États-Unis», 507-529; E.-G. Spaulding, «Les Sciences de la Nature en Amérique», 551-555; W.-M. Urban, «La critique esthétique et la philosophie en Amérique», 557-575.

RECEPCIÓN DEL PRAGMATISMO EN FRANCIA

El diálogo franco-americano previo a la guerra se evidencia de forma especial en la estrecha relación que establecen Bergson y James, relación que sigue siendo objeto de estudio hoy en día.⁹ John Shook (2009), de hecho, afirma que el momento álgido de la recepción del pragmatismo en Francia tiene lugar entre 1907, con la publicación de *Pragmatism* (James) y los años inmediatamente posteriores a su fallecimiento, en 1910. Se refiere, en todo caso, como él mismo señala, fundamentalmente al pragmatismo de James y su idea de pluralismo. La recepción francesa del movimiento pragmatista, en su conjunto, es bastante más compleja y heterogénea –como el propio escenario del que se hace eco, por otro lado, donde se dibujan prácticamente tantas versiones como autores.

Como sea, parece innegable que el pragmatismo encontró un eco importante desde muy temprano, a partir de la traducción de las *Variedades de la Experiencia Religiosa* (1906) de James y de la aparición de su *Pragmatism* (1907), siendo especialmente bien recibido por la escuela *neocrítica* de Charles Renouvier (en la que el mismo James siempre reconoció haberse inspirado), Emile Boutroux, Henri Bergson y sectores del Modernismo Católico. La filosofía más fiel al racionalismo y los sectores más escolásticos, por el contrario, se mostrarían totalmente reacios a sus propuestas, tachándolas de relativismo, anti-intelectualismo e irracionalismo.¹⁰ Los temas que se pusieron de relieve tenían que ver con la revalorización de la noción de experiencia vivida (frente al materialismo científico), la conexión de las ideas con la acción voluntaria y la necesidad de la creencia para cualquier logro práctico de la verdad –tema que implicaba cuestiones propias de la filosofía de la ciencia y la construcción del conocimiento científico.

En relación con esto último, la influencia de James vino a dar entonces un nuevo impulso al propio Peirce, cuyos artículos fundacionales («Cómo hacer nuestras ideas claras» y «La fijación de la creencia») habían sido traducidos y publicados ya en 1878 y 1879 en la *Revue Philosophique*, sin mucha repercusión. La lectura que se haga de él, en todo caso, según el estudio realizado por Chevalier (2012), será tan heterogénea como plagada de malinterpretaciones, al servicio de debates propios de la escena francesa. Para Chevalier, el lector más fino habría sido André Lalande, quien a partir de 1905 se interesó por el pragmatismo, sin ocultar su predilección por la versión peirciana. Lalande se hará eco enseguida del término de «pragmaticismo», al que había recurrido

9. Ver, por ejemplo, Madelrieux, S., Brenner, A., During, E., Girel, M. (eds.) (2011).

10. Para una exposición más detallada ver Shook, J. (2009) «Early Responses to American Pragmatism in France: Selective Attention and Critical Reaction.» In David G. Schultenover (ed.), *The Reception of Pragmatism in France and the Rise of Catholic Modernism 1890–1914* (pp. 59-75). Washington, D.C.: Catholic University of America Press.

el propio Peirce para evitar toda confusión con el planteamiento de James. En sus trabajos, Lalande señalará el carácter racionalista de la máxima pragmática, que supone la aplicación de la crítica científica a las verdades filosóficas, corrigiendo las acusaciones más o menos generalizadas a la filosofía americana de anti-intelectualismo, utilitarismo, filosofía de la acción; de irracionalismo, en definitiva. La lectura de Lalande, como la de Louis Couturat, que se limita al aspecto más lógico de su trabajo, situará a Peirce como un auténtico filósofo de la ciencia, y no como un mero precursor de James. La contrapartida, por otro lado, es que estas lecturas más «racionalistas» o «intelectualistas» de Peirce permiten distorsionar por el otro extremo sus planteamientos, y en particular su reivindicación del método científico –frente a otras formas de «fijación de la creencia», hacia el positivismo. A esta lectura parece haber contribuido igualmente Durkheim, en su curso de 1913-1914 sobre *Pragmatismo y Sociología*, donde Peirce aparece más bien como un pariente muy lejano del pragmatismo, que si bien señala el vínculo entre idea y acción y rechaza las «discusiones verbales», no se plantea el problema de la verdad. A este respecto, Peirce admitiría, «con la teoría clásica, que la verdad se impone con una suerte de fatalidad, y que el espíritu no puede sino inclinarse ante ella» (citado por Chevalier, 2012, p. 204). Para Durkheim, sus verdaderos representantes serían James, Dewey y Schiller.

Sea como fuere, el pragmatismo, leído en sus diferentes versiones al servicio de unos u otros intereses, no dejaba a casi nadie indiferente. De manera general, en todo caso, más allá de la calurosa acogida que tuvo la obra de James por parte de sectores espiritualistas próximos a Bergson y la escuela neo-crítica de Boutroux, el pragmatismo, como filosofía típicamente americana, despertaba sobre todo recelo. La lectura misma que hace Durkheim del pragmatismo en su curso, justo antes de la guerra, sitúa a sus «verdaderos» portavoces en la estela de la filosofía de la vida de Nietzsche y el romanticismo, acusándolos de atacar al Racionalismo. Ésta parecía la lectura más habitual del movimiento desde el continente, como ha puesto de relieve Hans Joas (1984, 1993).

Para Joas (1984), la recepción del pragmatismo en Europa estuvo marcada por una identificación muy prematura entre sus tesis fundamentales y las de la filosofía de la vida, de Nietzsche y Bergson. Esta identificación fue facilitada por la falta de consideración de las diferentes corrientes, que hizo que se pusiera el acento sobre sus aspectos más vulnerables, aquellos que ya se le habían criticado a una filosofía de la vida. Esto explicaría la mayor atención prestada a los trabajos de William James, la débil influencia de Peirce y el hecho de que el conocimiento de John Dewey se limite a sus trabajos pedagógicos.

Efectivamente, la tendencia que señala Joas parece haber protagonizado ya el Congreso Internacional de Filosofía en Heidelberg (1908), que supuso de alguna forma la consolidación y extensión del pragmatismo. Aunque James no pudo asistir –tampoco Bergson, que iba a tratar del «devenir», pero causó baja a última hora–, el congreso

estuvo marcado por la presencia de importantes representantes del movimiento como Royce, Armstrong, Schiller, Papini y Le Roy (discípulo de Bergson).

Una amplia reseña de este congreso, en la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, nos llega precisamente de la mano de Delacroix, buen conocedor de la obra de James.¹¹ En su reseña, Delacroix afirma que la intervención de Royce, en la primera sesión general, sobre «El problema de la verdad a la luz de investigaciones recientes», parece haber marcado la agenda de las discusiones entre partidarios y detractores del pragmatismo. El movimiento, sin embargo, «no ha encontrado quizá en el Congreso la acogida que habría hecho falta».

Un amplio grupo parece haber querido ejecutarlo demasiado sumariamente; convengamos también que algunos pragmatistas habían quizá exagerado el desdén hacia el racionalismo clásico. Elevada a este tono, la discusión ha sido a menudo más divertida que útil (Delacroix, 1908, p. 535).

De alguna forma, Delacroix se propone en su reseña compensar esa situación, dándole la acogida que en su opinión merecía —dedica un amplio espacio a las comunicaciones de Royce, Armstrong y Schiller—,¹² y entablando seguidamente un diálogo entre pragmatismo y racionalismo. Frente a la oposición establecida por Schiller entre pragmatismo y racionalismo, Delacroix apunta precisamente a tender puentes. Nos permitimos reproducir literalmente sus palabras, a pesar de la longitud de la cita, por el rastreo histórico que ofrece de las tesis pragmatistas, por la convergencia que establece con trabajos más recientes y por la actitud con que son sus ideas son consideradas, que nos parece que rompen con el esquema general trazado por Joas (1984).

11. En 1903, Delacroix ofreció un amplio estudio crítico de la obra de James sobre *Las variedades de la experiencia religiosa*. Tras elogiar la riqueza de las descripciones ofrecidas, Delacroix subraya el interés de James por la experiencia individual de la religión, algo que en su opinión deja fuera aspectos necesarios para entender el fenómeno, a saber: el aspecto socio-institucional y teórico de la religión, condición de posibilidad de la propia experiencia; y el aspecto histórico-genealógico del sentimiento, que James sitúa como hecho primigenio y Delacroix entiende como una construcción posterior. Nos ocuparemos de esta cuestión en un artículo sobre los primeros trabajos de Delacroix, que aparecerá en el próximo número de la Revista.
12. Royce habría señalado la existencia de diferentes formas de pragmatismo: Individualismo, Instrumentalismo, y una tercera, Pragmatismo puro, más cercano al intelectualismo (a partir de la revisión moderna de las bases de la matemática pura y la lógica) interpretada por el autor en términos voluntaristas. Armstrong, en una charla sobre La evolución del Pragmatismo, habría señalado los puntos de acuerdo de las diferentes vertientes (como método de conocimiento en contacto con la vida y la acción, lejano pues al agnosticismo o al positivismo); pero sobre todo su progresiva diferenciación, en su propia evolución como método, como epistemología y como metafísica. Schiller, por su parte, habría leído una breve y tajante crítica del racionalismo, como doctrina opuesta a la verdad y la vida, defendiendo el carácter humano de la verdad.

El Pragmatismo no es una doctrina absolutamente nueva; prácticamente, no es más que la sistematización de un cierto número de corrientes filosóficas, algunas muy antiguas, otras aparecidas sobre todo a lo largo del siglo XIX. Sin remontarnos a los sofistas o a los escépticos griegos, encontramos en Descartes y en la escuela cartesiana la tesis muy clara de que el conocimiento sensible sólo es para «la comodidad y las necesidades de la vida». El conocimiento racional en sí mismo, al que el cartesianismo atribuye al parecer un valor absoluto, sufre ya en Descartes un primer ataque por su famosa teoría sobre las verdades eternas: la divinidad de las matemáticas, su carácter absoluto son ya restringidos; la idea de construcción, de artificio, de decreto arbitrario está ya aquí presente; y si este aspecto de la doctrina cartesiana no fue apenas desarrollado por los grandes cartesianos, aparecerá un gran día, presentado de otro modo ciertamente, en un Locke y un Hume. Las nociones en apariencia necesarias sobre las que descansa nuestra ciencia son, según Hume, el producto del hábito; la práctica y la naturaleza que nos empuja a la acción son las obreras y la garantía de la verdad. En un sistema de este tipo, el conocimiento racional es devuelto a la experiencia, a la experiencia activa que hace el conocimiento. Que la idea de utilidad se acentúe, que la noción de utilidad social y de utilidad biológica aparezcan claramente a la luz de sistemas morales o científicos del fin del XVIII y del XIX, que sobretodo intervenga la idea de evolución, y la noción de verdad que se hace, lejos de estar hecha, y que se hace bajo la presión de necesidades y de un instinto vital, se desarrollará y parecerá justificarse. El origen del entendimiento y de su constitución es relacionado con su vínculo práctico con las cosas y contado en el tiempo. Así, en el empirismo constructor y evolucionista de la escuela filosófica y científica inglesa se encuentran ya algunas de las ideas directrices del pragmatismo. El empirismo de esta escuela aplica al conocimiento racional el principio al que el cartesianismo había llevado ya al conocimiento sensible.

Por otra parte, trabajos más recientes sobre el origen de nociones científicas han puesto de relieve lo que puede haber en ellas de arbitrario y relativo a la «comodidad»; toda una escuela de científicos y lógicos se ha dedicado a debilitar la idea de verdad absoluta, de verdad en sí, y a desarrollar la idea de verdad construida, experimentada, preferida.¹³ La sociología contemporánea acentúa la idea de la acción colectiva sobre el pensamiento individual y de la proyección en la inteligencia de realidades sociales.¹⁴ La psicología, por la importancia

13. Entendemos que Delacroix se refiere al convencionalismo de Henri Poincaré y Pierre Duhem, cuyos trabajos se han relacionado también con el instrumentalismo.
14. Delacroix se refiere a los trabajos de la Durkheim y sus colaboradores, especialmente su sobrino Marcel Mauss, y especialmente al Ensayo sobre las formas primitivas de clasificación (*De quelques formes primitives de classification. Contribution à l'étude des représentations collectives*, 1901-1902). Esta obra establece el programa de la llamada Escuela sociológica francesa, que apunta a mostrar que las operaciones lógicas más importantes no vienen dadas por el entendimiento individual sino que se trata de construcciones sociales.

que otorga al subconsciente y a la vida afectiva y voluntaria, ha disminuido la preponderancia del elemento racional.¹⁵ Así, trabajos positivos, llevados a cabo con métodos científicos sobre objetos determinados, han llegado a menudo a conclusiones que bastaría con recoger y destilar en un sistema para llegar al pragmatismo. Hay tesis pragmatistas, a falta de un pragmatismo completo, en muchos científicos contemporáneos. Hay, en los filósofos, diversas formas de pragmatismo, que ponen en primer plano diversos tipos de hechos y análisis. Hay, por último, junto al pragmatismo propiamente dicho, grandes sistemas contemporáneos que, poniendo por encima de la inteligencia una realidad que ésta no alcanza, dan a la vida un valor superior que explica y justifica la inteligencia misma.

Así, aunque podamos tener algunas reservas con respecto al pragmatismo, conviene tratarlo con atención y seriedad: sus orígenes históricos son antiguos, numerosos hechos contemporáneos explican su aparición y su éxito; los argumentos en los que se apoya son numerosos, algunos muy sólidos. De manera general, el racionalismo debe estar agradecido a toda doctrina que le obligue a profundizarse y superarse; los elementos que el análisis intelectual de la inteligencia pone al día pueden tener algo de acabado y definitivo, pero la historia prueba que queda mucho de provisional para que sea bueno cada cierto tiempo ponerlo todo en cuestión (Delacroix, 1909, pp. 534-535).

Delacroix trata así de restablecer un diálogo que parece haber quedado sepultado por la discusión polarizada y estéril. Se refiere así a la presencia de ideas pragmatistas en el empirismo inglés y, previamente incluso, en el propio cartesianismo, sin ánimo en todo caso de negar el valor del nuevo movimiento. Asimismo, tras señalar sus parentescos europeos, pone de relieve la convergencia con el trabajo que llevan a cabo la epistemología, la sociología contemporánea y la psicología. A este respecto, cabe destacar la referencia de Delacroix a la tradición epistemológica francesa sobre la construcción del conocimiento científico y especialmente al trabajo de la escuela sociológica sobre los orígenes sociales de las categorías de conocimiento.¹⁶

La lectura que hace aquí Delacroix del pragmatismo, si bien realizada desde una postura racionalista que trata de sobrevivir al desafío pragmatista, parece bastante más equilibrada que las caricaturizaciones que han dominado la recepción europea del

15. Con estas referencias a la psicología Delacroix está pensando fundamentalmente en la psicopatología, particularmente a las ideas de Janet, Myers o Freud puestas de relieve por el propio James.

16. Curiosamente, la convergencia apuntada aquí por Delacroix entre el pragmatismo y la sociología durkheimiana, a la que se resistirá en cierto modo el propio Durkheim en su curso sobre *Sociología y Pragmatismo* (1913-1914), va en la misma línea en que van a dirigirse casi un siglo después trabajos como los de Hans Joas (1984, 1993).

pragmatismo, tal y como lo denuncia Joas.¹⁷ Lejos de caer en la caricatura, la reseña de Delacroix no sólo se hace eco de las diferentes versiones del pragmatismo, tal y como lo hicieron sus representantes en sus charlas, sino que apunta precisamente a establecer matices y puentes con esa tradición racionalista que reaccionó tan a la defensiva.

Los ulteriores acontecimientos políticos y el fortalecimiento de las alianzas franco-americanas, a los que nos referimos anteriormente, no harían sino contribuir a la consolidación de esos puentes, no sólo en términos epistemológicos sino políticos y sociales, especialmente relevantes en el pragmatismo de Dewey.

LA RECEPCIÓN DE DEWEY EN FRANCIA

Según Schneider (2000), la primera noticia que se tiene sobre Dewey en Francia es en la revista de Ribot, la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, que ofreció en 1883 un reseña anónima con el título «John Dewey: las hipótesis del materialismo», sobre un texto de Dewey publicado en el *Journal of Speculative Philosophy* en 1882. Tras esto, no parece haber noticia hasta 1909, cuando aparece en el diario *L'Éducation* como un colaborador principal. Desde ese momento y hasta los años sesenta, según el estudio de Schneider (2000), que coincide en este punto con Joas (1984), toda su recepción parece limitada al aspecto pedagógico de su obra, de la mano fundamentalmente de Claparède y Décroly.

El propio Dewey, sin embargo, como vimos más arriba, había publicado en 1923 un texto sobre el desarrollo del pragmatismo americano, en el número de la *Revue de Métaphysique et de Morale* dedicado al Pensamiento americano. El artículo de Dewey es especialmente importante por cuanto trata de aclarar las diferencias entre el pragmatismo de Peirce, al que sitúa en la estela kantiana, y el de James, más cercano al empirismo inglés, para terminar introduciendo el instrumentalismo. Aunque no podemos detenernos aquí en su exposición, cabe destacar que su postura tiende precisamente a tender puentes, señalando los orígenes europeos del movimiento, y a desmontar las reducciones utilitaristas de cualquiera de sus versiones. En su lugar, «el instrumentalismo afirma [...] que la acción debe ser inteligente y reflexiva, y que el pensamiento debe ocupar en la vida una posición central.» (p. 428). «El pragmatismo y el experimentalismo instrumental resaltan la importancia del individuo, portador del pensamiento creador, autor de la acción y de su aplicación.» (p. 429). Ahora bien, contra las acusaciones individualistas, también, Dewey insiste en que si el espíritu individual es importante, porque es el órgano de mo-

17. Joas afirma que en Europa, «las exposiciones del pragmatismo alcanzan a menudo dimensiones de deformación caricatural», yendo «de una forma particularmente primitiva del empirismo o del utilitarismo o del positivismo a la ideología del «big business» o de un decisionismo fascistoide» (1984, p. 560).

dificaciones de la tradición y de las instituciones, vehículo de la creación experimental, «el individuo que idealiza el pensamiento americano no es un individuo *per se*, un individuo fijado en el aislamiento y hecho por sí mismo, sino un individuo que evoluciona y se desarrolla en un medio natural y humano, un individuo que podemos instruir.» «La idea de una sociedad de individuos no es en modo alguno ajena al pensamiento americano.» (Dewey, 1923, p. 429).

Desconocemos la repercusión que pudo tener este texto más allá del círculo más cercano a la revista de Xavier Léon. En todo caso, la claridad de su exposición, que recoge buena parte de las críticas recibidas por el movimiento desde diversos sectores, ofrecía claves más que suficientes para contrarrestar las muchas distorsiones que venían enturbiando su recepción.

Curiosamente, ese mismo año, Marcel Mauss (1923/1924), sobrino de Durkheim y heredero de su Escuela Sociológica, mencionaba en el *Année Sociologique* la importancia que su tío otorgaba al filósofo americano. El artículo de Mauss se ocupa de la obra inédita de su tío y en él se refiere expresamente a su curso sobre *Pragmatismo y Sociología*. Mauss, que define este curso como el «coronamiento de su obra filosófica», insiste aquí de forma especial en la gran importancia que su tío concedía al pragmatismo y, particularmente, a la obra de Dewey. Según Mauss, el objetivo de este curso, cuyas notas no se habían logrado encontrar,¹⁸ era dar a conocer a los estudiantes el movimiento pragmatista, comparando a sus diferentes portavoces (que incluía a Bergson, James o Dewey, entre otros) con su propia filosofía. Y subraya: «Tenía sobre todo en cuenta a M. Dewey, por el que sentía una fuerte admiración.» (Mauss, 1924, p. 10). Sus libros, insiste, habían sido trabajados especialmente, como lo atestiguan los ejemplares de su biblioteca.

En esta línea, tanto Mauss como su colega Celestin Bouglé, se mostraron muy elogiosos tras la conferencia que ofreció Dewey ante la Sociedad Francesa de Filosofía (1930), un día antes de recibir el *Doctorado Honoris Causa*, sobre la acción moral y la incertidumbre. Bouglé, por ejemplo, señalaba la convergencia de las tesis de Dewey contra la idea de un principio moral único con las concepciones de Lévy-Bruhl y de Durkheim. «Habría pues una coincidencia entre su reflexión de filósofo, moralista y pedagogo, y las reflexiones que nos han propuesto, de otro lado, los sociólogos.» (Bouglé, 1930, p. 129). Mauss, por su parte, volvería a recordar el curso de su tío y, con ese antecedente, confirmar que su grupo está «de acuerdo, desde hace mucho tiempo, con

18. Según Mauss, al parecer el curso fue preparado para el hijo de Durkheim, estudiante de filosofía, que falleció durante la guerra. Ante el llamamiento realizado en la revista, según leemos en el prefacio del curso finalmente publicado en 1955 (Cuvillier, 1955), Mauss recibió varios juegos de apuntes de parte de antiguos alumnos. A partir de dos de estos juegos (los que se lograron rescatar tras la invasión alemana, durante la Segunda Guerra Mundial) se reconstruyó la versión que hoy sigue circulando.

esta forma de pragmatismo racionalista que representa ante todo el profesor J. Dewey, y que esta consideración positiva de los hechos morales tiene toda nuestra aprobación. Creo que el nombre del profesor Dewey será conocido por mucho tiempo, tanto en la filosofía americana como en la nuestra.» (Mauss, 1930, pp. 130-131).

Habría que estudiar por qué el curso de Durkheim finalmente publicado trasluce más una defensa del racionalismo que una consideración de sus ideas, pero no podemos ocuparnos aquí de esta cuestión, para la que seguramente el trabajo de Joas (1984, 1993) sobre la relación entre el pragmatismo de Dewey y la escuela sociológica francesa aporte claves. Baste, en todo caso, esta referencia para mostrar el interés que despertaba Dewey en el contexto francés, más allá del aspecto pedagógico de su obra.

El texto que escribe Delacroix para homenajear a Dewey en su recepción del título de Doctor Honoris Causa por la Universidad de París, no hace sino incidir en este interés. La valoración que hace de su obra, como veremos, viene a confirmar las sintonías y convergencias de una parte importante del pensamiento francés con sus planteamientos epistemológicos, educativos y políticos. La psicología de Delacroix, desde sus análisis de la experiencia religiosa hasta el lenguaje y la actividad artística, constituye un ejemplo paradigmático de ese momento del pensamiento. Lamentablemente, como sabemos, no tardaría en desaparecer.

DEWEY PRESENTADO POR DELACROIX

Delacroix inicia su discurso en la Universidad de París elogiando la «grandeza» de la obra de John Dewey, a quien identifica como el «ilustre filósofo» de América. El francés, por un lado, presenta el pragmatismo de Dewey –o mejor dicho, como el mismo Dewey prefería denominar con el fin de distinguir su postura y la de la Escuela de Chicago de la de William James o de Charles Pierce, su instrumentalismo (Dewey, 1925/2010)– como el representante del despertar epistemológico del nuevo siglo, de la brillantez filosófica y del compromiso intelectual y político con la reforma educativa, la reformulación de la democracia y la defensa de la ciencia como motores del progreso social. Por otro lado, Delacroix presenta a Dewey como una figura intelectual que simultáneamente cribaría y simbolizaría un pensamiento genuinamente americano, el cual defiende como estrechamente vinculado al pensamiento de «nuestra mejor Europa».

Para Delacroix, Racionalismo y Empirismo dominan la escena de una filosofía moderna que «se ha adormecido en el sueño de un mundo inmóvil» gobernado por leyes, bien de la naturaleza, bien del espíritu, que inscriben sus categorías sobre la acción y organizan la experiencia humana. No hay, por tanto, «experiencia» como tal, diría Delacroix habiendo tomado a Dewey como referente, si podemos prescindir de la acción y de la voluntad humana para entenderla; es decir, sin considerar la «penetración recíproca del ser vivo y del medio» sin necesidad de recurrir a dualismo alguno: «el

espíritu se hace actuando, y se construye a sí mismo construyendo», insiste Delacroix. Es por tanto necesario articular una nueva noción de experiencia, expurgándola de toda metafísica y de su carácter fundamentalmente gnoseológico, entendiéndola como un proceso dinámico, activo y adaptativo, propuesta que en la obra de Dewey sigue un proceso que va de Hegel a Darwin y que culmina con el análisis de la operación y la coordinación orgánicas (Bernstein, 2010), tan propio del funcionalismo norteamericano (Fernández, Sánchez, Aivar y Loredo, 2003; Sánchez y Loredo, 2007; Sánchez, 2009). Delacroix considera la obra de Dewey no como mera síntesis entre el Racionalismo y el Empirismo, sino como superación de ambas.

El francés parece conocer en profundidad la obra de Dewey, haciendo continuos comentarios sobre la relación entre pensamiento y experiencia que éste último desarrolla en obras tales como «Cómo Pensamos» (Dewey, 1933/1989), «Democracia y Educación» (1916/2004) o «Viejo y Nuevo Individualismo» (1929-1930/2003), textos en donde es fácil reconocer las referencias que Delacroix incluye en su conferencia. En la misma, el francés, al más puro estilo deweyano, integra cuestiones epistemológicas con consideraciones sobre la formación y el papel de la moral, y con la defensa del papel fundamental que la educación, la democracia y el poder transformador del individuo juegan en la configuración de la sociedad, todas ellas extraídas de la obra de Dewey. Son estas últimas cuestiones educativas y políticas, de hecho, a las que Delacroix parece querer llegar es su homenaje.

Delacroix se distancia con su discurso de la consideración del orden social como algo estático e inmanente, enfatizando el inevitable y continuo progreso de la sociedad, así como la necesidad de recurrir a la iniciativa y la actividad del individuo para comprenderlo:

El hombre actúa en un universo móvil. Es el que se encarga de dirigir el inevitable cambio de las cosas en el sentido de su mayor valor y mejorar así la suerte común. La inteligencia es un poder de transformación eficaz en manos de todo hombre de buena voluntad. Es la gran fuerza liberadora, instrumento de todo progreso; porque es la actividad humana propiamente dicha, su potencia sobre la naturaleza. Iniciativa, actividad, independencia, he ahí al ser humano. Y porque el ser humano es así, la sociedad humana es democracia.

Es ésta, para Delacroix, «la expresión más profunda y completa del genio americano», genio o espíritu que para él estaría perfectamente plasmado en la obra del líder de la Escuela de Chicago, y del cual señala que los «críticos europeos» tienden a malinterpretar, pues comúnmente subsumen toda doctrina procedente del nuevo continente bajo el estereotipo del materialismo consumista. Sin duda, esta tendencia ha sido común a lo largo de todo el siglo xx, donde otros conceptos analíticos como utilitarismo, individualismo o liberalismo han tendido a reducir o a desdibujar la

enorme heterogeneidad política, filosófica y social que subyace a la cultura, la política y la filosofía norteamericanas, problema del que ni el filósofo francés parece siempre escapar. De hecho, Delacroix enfatiza varias veces que Dewey representa de la forma más pura el genuino intelectual norteamericano, entendiendo como tal al de corte pragmático, progresista, reformista y liberal. Y, sin duda, Dewey era todo ello, pero a su vez, también, era muy distinto a muchos otros pragmáticos, progresistas, reformistas y liberales de la época. Todos estos conceptos no constituyen categorías cerradas y bien definidas, sino que más bien tiende a ocurrir al contrario. Algunas de ellas incluyen ejemplares que difieren notablemente entre sí –para un análisis de la evolución y la heterogeneidad del pragmatismo ver, por ejemplo, Menand (2001) o Bernstein (2011); o para una revisión de las distintas formas de liberalismo en Norteamérica, ver, por ejemplo, Johnston (2003)–, y la mayoría, como el concepto de Progresismo, no se definen tanto de forma positiva, como, principalmente, en oposición a otras tendencias –para una introducción a la multiplicidad de posturas dentro del movimiento progresista de principios del s. xx y sus enemigos comunes, ver, por ejemplo, Nugent (2010).

Es por ello delicado tratar de definir qué es lo «genuinamente americano». Delacroix no lo define, sino que más bien encuentra en ello, Dewey mediante, lo que desde nuestro punto de vista parece estar buscando, esto es, una corriente que enfatiza, como señala Ramón del Castillo (2003), la educación, la ciencia y el libre acceso a los medios de producción como motores de una sociedad dueña de sí misma, igualitaria y anti-autoritaria. Implica Delacroix en su discurso que la «inteligencia» es fruto de la educación, sierva de la voluntad, la cual ha de florecer y cultivarse a través del método científico y de la investigación; y que la democracia es la única forma de organización y de relación social capaz de garantizar –y a su vez ser garantizada por– el desarrollo intelectual y la libre iniciativa y acción de los individuos. En este sentido, Delacroix se identificaría completamente con la filosofía de Dewey. Más aún, terminará identificando el genuino espíritu del nuevo continente con el aire fresco epistemológico, filosófico y político que anhelaba respirar el viejo:

Nuestra filosofía del conocimiento y de la ciencia a menudo coincide con Dewey. Y los ideales que proclama la doctrina y la vida entera del ilustre filósofo ¿no son los de nuestra mejor Europa, la de aquella que quiere, mediante la energía y la justicia, organizar la paz en la tierra para que pueda libremente realizarse en obras espléndidas la buena voluntad de los hombres?

Con la recuperación de este texto, que presentamos a continuación, pretendemos contribuir no sólo a aclarar algunos aspectos de la recepción de la obra de Dewey en su día, sino a su recuperación en nuestros días – más allá, por supuesto, de las «recetas educativas» a las que lamentablemente se ha tendido a simplificar su trabajo.

TRADUCCIÓN DE LA PRESENTACIÓN DE M. DELACROIX EN LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

En la Universidad de Paris

Recepción de Doctores Honoris Causa

Presentación de M. Delacroix¹⁹

Decano de la Facultad de Letras de París²⁰

M. John Dewey

Profesor en la Universidad de Columbia, en Nueva York, Doctor honoris causa en la Universidad de París

América ha festejado, el año pasado, el sesenta aniversario de su ilustre filósofo, John Dewey. La Universidad de París se suma hoy a ese brillante homenaje y viene a su vez a dar testimonio de la grandeza de su obra. Sentimos gran admiración por su carrera de profesor en Michigan, Chicago y Columbia. Sentimos gran admiración por sus libros, que han renovado tantas cuestiones y planteado tantos problemas. ¿Cómo recordar dignamente y en pocas palabras, a este amplio y docto auditorio, los grandes temas del pensamiento y la acción que son la vida misma de John Dewey?

Nada más original, más nuevo, más actual y que nos revele mejor una de las tendencias dominantes de nuestro tiempo.

Se puede decir que durante mucho tiempo la filosofía se ha adormecido en el sueño de un mundo inmóvil, que se presentaría como algo ya hecho, acabado, ante el pensamiento humano. Empirismo y racionalismo se disputan la escena. Uno parte, para edificar el conocimiento, de la naturaleza del mundo sensible; el otro parte del espíritu, de un sistema de formas y de leyes. Pero su oposición aparente oculta un postulado común: el dogmatismo de una realidad acabada que se impondría al pensamiento del hombre, el dogmatismo de una razón acabada que impondría sus marcos a lo real.

El mundo existe, nos dice el empirismo. Sus uniformidades se posan poco a poco en nuestro espíritu bajo forma de leyes. La naturaleza nos presenta todos sus fenómenos bien etiquetados y enmarcados, listos para proveernos de una experiencia y una ciencia. Esta experiencia se inscribe ella misma en nuestro espíritu. Es nuestro espíritu.

Es el espíritu el que organiza la existencia y la experiencia, nos dice el racionalismo. Las categorías constitutivas del pensamiento son anteriores a la experiencia y la ciencia y, si fuera necesario, casi prescindirían de ellas. Quien supiera descifrar el espíritu conocería la naturaleza. Estas leyes primordiales son eternas.

19. *N. del T.* Texto aparecido originalmente en 1930, en *Annales de l'Université de Paris*, 5(6), 495-499.

20. Presentación leída en la sesión solemne de apertura de curso de la Universidad de París, el 8 de noviembre de 1930. Ver *Revue Internationale de l'Enseignement*, nº del 15 de enero de 1931.

¿Podemos admitir por un momento que una realidad ya hecha se impone a la inteligencia humana, si esta inteligencia de verdad existe, es decir, si es uno de los componentes de la realidad?

¿Podemos admitir que una inteligencia ya constituida impone su estructura a lo real, si esta inteligencia de verdad existe, es decir, si vive y varía con el medio en el que está preparada para desarrollarse?

La afirmación que comparten el empirista y el racionalista ignora la interacción o la penetración recíproca del ser vivo y del medio, el devenir creador que todo el trabajo científico del último siglo ha puesto de manifiesto. Profesarla hoy es jugar el papel de desfasado.

Esa afirmación ignora también el trabajo tan fecundo de la epistemología contemporánea. La doctrina de la ciencia ha establecido bien que los conceptos fundamentales de toda ciencia no vienen dados, sino que son símbolos construidos. El universo de la experiencia inmediata no contiene lo que la ciencia requiere. Es el espíritu humano el que esclarece el caos de los fenómenos y construye los instrumentos intelectuales por los que se ordena la experiencia. Pero el espíritu se hace actuando, y se construye a sí mismo construyendo.

Es necesario pues cerrar el debate diciendo, con un discípulo de Dewey: «No existe ningún pensamiento encargado de moler en el vacío como un molino que espera el grano; pero tampoco hay montones de sensaciones que estén ahí de antemano, esperando ser vertidas en los molinos.»

Superar a la vez el empirismo y el racionalismo corrientes es la tarea por la que Dewey debutó en la filosofía, bajo la influencia conjugada de Hegel y de Darwin. Sabemos el rol que Darwin otorga a la actividad del organismo en el seno de la vida, a la actividad creadora del devenir que insinúa variaciones originales en la serie de las generaciones. Sabemos cómo Hegel subordina a la vez la significación lógica y la existencia concreta al espíritu, al movimiento de la vida que se desarrolla, a la idea en trabajo de sí misma.

Dewey nos enseña que la función del pensamiento es llevar al desarrollo de la experiencia. El pensamiento es la forma que toma la actividad práctica a partir de un conflicto que trata de superar indirectamente: un esfuerzo por transformar una situación incompleta y discordante en situación harmoniosa. La idea no es más que una hipótesis sobre la posibilidad de un cierto cambio, un programa de conducta, un plan de acción determinado. Ayuda a la realidad a constituirse. A falta de ella, la realidad sería diferente.

El pensamiento es activo desde sus inicios más humildes, en la sensación misma. La sensación aparece en los momentos de crisis, cuando la actividad se detiene ante una bifurcación y se convierte por sí misma en un problema. Si la estimulación se bastara, la respuesta seguiría por vía refleja, y nada se haría consciente: tal es el caso de los hábitos y de los instintos bien reglados.

El instrumentalismo de Dewey concilia así y supera el pragmatismo de un William James y la doctrina del comportamiento, tan popular en América.

Muestra que el pensamiento tiene su origen en el comportamiento biológico y su función última en el control del medio. Pero no olvida nunca que si el pensamiento organiza la experiencia, lo hace creando valores que la sobrepasan.

Dewey cree, con W. James, que las concepciones y las teorías son los instrumentos del futuro. Pero, más preciso y riguroso que él, se centra en constituir, en trabajos que evitaré exponer, una teoría del pensamiento.

En el orden de la acción moral, así como en el de la realidad científica, Dewey opone, a la noción de absoluto, la idea de una evolución incesante cuya orientación, en el sentido de un progreso, corresponde al esfuerzo inteligente de cada persona.

El hombre actúa en un universo móvil. Es el que se encarga de dirigir el inevitable cambio de las cosas en el sentido de su mayor valor y mejorar así la suerte común. La inteligencia es un poder de transformación eficaz en manos de todo hombre de buena voluntad. Es la gran fuerza liberadora, instrumento de todo progreso; porque es la actividad humana propiamente dicha, su potencia sobre la naturaleza. Iniciativa, actividad, independencia, he ahí al ser humano. Y porque el ser humano es así, la sociedad humana es democracia. «Democracia significa que la personalidad es la primera y última realidad».

Así es también el Dewey educador, al que la escuela moderna debe tanto. Más que ninguna otra persona, con la autoridad del gran pensador, Dewey recurre a todas las actividades del niño para despertarlas y dirigir las, busca para los resortes interiores que constituyen la personalidad infantil la ocasión de jugar, de realizarse, sabe percibir bajo los intereses momentáneos la tendencia profunda que busca su vía hacia la luz. Sistema a la vez austero y amable, sabiduría estoica y jardín de Epicuro, ya el que el niño es llevado al trabajo y a la acción por los medios naturales que la vida misma suscita cuando el trabajo y la acción son necesarios para las necesidades.

¿Quién no vería en esta doctrina rasgos profundamente americanos como el carácter práctico y la insistencia en la acción?

Ciertamente, el carácter progresivo e inestable de la vida y la civilización americanas ha facilitado la aparición de filosofías que consideran al mundo en formación continua, donde aún hay lugar para lo indeterminado, lo nuevo, para un verdadero avenir. Pero cuidémonos de comprender mal a América y a Dewey.

El mismo Dewey nos ha dicho que su filosofía no se limita a reproducir lo que hay de basto e imperfecto en el medio americano, a glorificar esta energía y amor por la acción, que las nuevas condiciones de la vida americana han llevado hasta la exa-

geración. Por el contrario, desaprueba estos aspectos de la vida americana, que hacen de la acción un objetivo en sí mismo y que la tratan de forma demasiado estrecha y práctica. Su idea fundamental es que la acción sólo se justifica en la medida en que permite hacer la vida más fácil y aumentar su valor. Pero, ¿no es precisamente esta doctrina la tendencia profunda del genio americano?

Como bien ha dicho R.-B. Perry: «Los críticos europeos tienen costumbre de acusar a América de materialismo. Le imputan un amor exagerado al dinero y a lo que se adquiere con él... Pero eso sólo es la mitad de la verdad. Es verdad que el genio del americano es práctico... Pero también es verdad que sus aspiraciones planean en el infinito. Se apasiona por todo lo que es bello y bueno no sólo para el dinero, sino para el arte, para la religión y para el ideal social.»²¹

La filosofía de Dewey nos aparece como la expresión más profunda y completa del genio americano, a la vez que se vincula estrechamente al pensamiento europeo. Hegel y Darwin han contribuido a su nacimiento. Nuestra filosofía del conocimiento y de la ciencia a menudo coincide con Dewey. Y los ideales que proclama la doctrina y la vida entera del ilustre filósofo ¿no son los de nuestra mejor Europa, la de aquella que quiere, mediante la energía y la justicia, organizar la paz en la tierra para que pueda libremente realizarse en obras espléndidas la buena voluntad de los hombres?

REFERENCIAS

- Chevalier, J. M. C. (2012). La réception de Charles S. Peirce en France (1870-1914). *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 135, 179-205
- Baldwin, J. M. (1926). *Between two Wars, 1861-1921*. Vol. 1 y 2. Boston: Stratford.
- Bernstein, R. (2010). *Filosofía y democracia: John Dewey*. Barcelona: Herder Editorial.
- Bernstein, R. (2011). *The pragmatic turn*. United Kingdom: Polity.
- Bouglé, C. (1930). Discusión en la sesión del 7 de noviembre de 1930, a cargo de J. Dewey. *Bulletin de la Société française de Philosophie*, 30(4), 118-133.
- Castillo, R. del (2003). Introducción. El amigo americano, J. Dewey, *Viejo y Nuevo Individualismo*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Cuvillier (1955). Préface à *Sociologie et pragmatisme*. Paris: J. Vrin.
- Delacroix, H. (1909). Le III Congrès International de Philosophie (septembre 1908). *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, 528-545.
- Dewey, J. (1916/2004). *Democracia y educación*. Madrid: Ediciones Morata.

21. N. del T. La cita proviene del artículo de Perry en el número especial sobre pensamiento americano de la *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1923, La conscience américaine, pp. 475-505.

- Dewey, J. (1925/2010). La evolución del pragmatismo norteamericano, en M. A. Faerna (Ed.), *Dewey. La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Dewey, J. (1929-1930/2003). *Viejo y Nuevo Individualismo*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Dewey, J. (1933/1989). *Cómo Pensamos. Nueva Exposición de la Relación entre Pensamiento Reflexivo y Proceso Educativo*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Durkheim, É. et Mauss, M. (1901-1902). De quelques classifications primitives. Contribution à l'étude des représentations collectives ». *Année sociologique*, 6, 1-72.
- Durkheim, É. (1955). *Pragmatisme et sociologie*. Curso ofrecido en la Sorbona durante el año 1913-1914. Paris: J. Vrin.
- Fernández, T., Sánchez, J.C., Loredó, J.C., y Aivar, P. (2003). Representación y Significado en Psicología Cognitiva: una Reflexión Constructivista. *Estudios de Psicología*, 24(1), 5-32.
- Joas, H. (1984) Durkheim et le pragmatisme. La psychologie de la conscience et la constitution sociale des catégories. *Revue française de sociologie*, 25(4), 560-581.
- Joas, H. (1993). *Pragmatism and Social Theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Johnston, R. D. (2003). *The radical middle class. Populist democracy and the question of capitalism in Progressive era Portland, Oregon*. United Kingdom: Princeton University Press.
- Loredó, J.C. (2012). Psicología genética y ciudadanía: James Mark Baldwin en la gran guerra. Comunicación presentada en el XXV Simposio de la Sociedad de Historia de la Psicología, Santiago de Compostela, 10-12 mayo 2012.
- Madelrieux, S., Brenner, A., During, E. y Girel, M. (eds.) (2011). *Bergson et James, cent ans après*. Paris : PUF.
- Mauss, M. (1924/1925). L'œuvre inedit de Durkheim et de ses collaborateurs. *Année Sociologique*, 1(Nouvelle série), 7-29.
- Mauss. (1930). Discusión en la sesión del 7 de noviembre de 1930, a cargo de J. Dewey.
- Menand, L. (2001). *El Club de los Metafísicos. Historia de las Ideas en América*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Nugent, W. (2010). *Progressivism. A very short introduction*. New York: Oxford university press.
- Prochaisson, Ch. (1993). Les intellectuels, le socialisme et la guerre. 1900-1938. Paris : Le Séuil.
- Sánchez, J.C., y Loredó, J.C. (2007). In circles we go: Baldwin's theory of organic selection and its current uses: A Constructivist View. *Theory & Psychology*, 17(1), 33-58.
- Sánchez, J.C. (2009). Función y Génesis. La Idea de Función en Psicología y la Especificidad del Constructivismo. *Estudios de Psicología*, 30(3), 131-149.

- Schneider, J.H. (2000). John Dewey in France. *Studies In Philosophy And Education*, 19(1-2), 69-82.
- Shook, J. (2009). «Early Responses to American Pragmatism in France: Selective Attention and Critical Reaction.» In David G. Schultenover (ed.). *The Reception of Pragmatism in France and the Rise of Catholic Modernism, 1890–1914* (pp. 59-75). Washington, D.C.: Catholic University of America Press.

Artículo recibido: 20-11-12

Artículo aceptado: 12-12-12

